

Día tipo

Daniel Prior Gljón

Me levanto de un salto. Suelo hacerlo así. Son las 8 y 50 a.m. Vuelvo a pensar en ese dichoso refrán: Levantarse con el pie izquierdo. Mi cama está pegada a una pared que queda a mi derecha. Es la única puñetera forma que tengo de levantarme.

Ya he apagado el despertador, apenas ha pasado un segundo. Enciendo la luz y subo la persiana. Vivo en un bajo y un coche para en el semáforo de mi ventana. Estoy desnudo, porque así duermo, y puedo ver claramente cómo el conductor se queda mirando, de modo que me agarro el paquete y le hago el gesto *heavy* de los cuernos como saludo. La mitad de los días lo mismo.

Tengo preparados en la encimera un vaso de agua y la tableta de las pastillas de la tiroides. Tomo una. En teoría hay que esperar media hora para desayunar, pero si hago eso Coco se me hace pis en casa. Además soy de despertarme con hambre.

Me visto con un chándal que me durará todo el día y me preparo un *Nesquick* en la cocina. Después voy al salón. En el compartimento del pastillero perteneciente al desayuno hay dos valproicos, un litio y un antidepresivo. Los cojo en la mano.

De vuelta en la cocina, me meto las cuatro pastillas en la boca y me las tomo con el primer trago de la bebida. El resto me lo tomo con un cigarrillo. Mientras estoy fumando, leo la advertencia de la caja que le he cogido prestada a mi madre: "Fumar aumenta el riesgo de impotencia", a la cual acompaña la imagen de un hombre que ni siquiera se molesta en fingir que es la primera vez que le pasa. Luego miro la de mi paquete: "Fumar reduce la fertilidad". Tapo el primero con el segundo y ya por fin disfruto del pitillo a gusto.

La voz de mi padre truena: "¡Daniel! ¡Saca a coco!". Entro en el cuarto de mis padres ya con el abrigo puesto:

—¿Qué te crees que estoy haciendo, papá? Todos los días lo mismo.

Y, en efecto, todos los días son iguales. Este es un día de entre diario, pero estoy gravemente enfermo y no puedo trabajar, al menos de momento. Para colmo, estoy batallando en los tribunales una paga no contributiva de la que de momento no tengo noticia, de modo que mi vida está paralizada.

Le doy los buenos días al perro y él me abraza en un gesto de cariño. Después voy a ponerle la cadena y, como de costumbre, se revuelve como un demonio hasta que por fin se deja.

Por las mañanas le saco siempre por la misma calle. A veces saludo a algún vecino, pero hoy son cuatro gitanos los que se interesan por Coco. Sería muy de malpensados creer que pudo tener algo que ver con que Coco es un perro de aguas de raza pura, y por tanto de cierto valor económico. Mucho peor hay que estar, para pensar que la cadena es de 0'4 cm del eslabón por 1'20 m de longitud de acero puro, y

que por tanto es perfectamente factible el utilizarla como arma. Yo nunca pensaría nada de esto.

Uno de ellos se dirige directamente a tocarlo, y él pega un salto grande hacia un lado.

—No es por ti, le dan miedo todos los desconocidos —le explico.

Él no habla más y seguimos andando. Nos guiñamos un ojo telepáticamente. El paseo dura unos veinte minutos, como siempre.

Llegamos a casa.

Me pongo cómodo (fuera abrigo y calzado) y empiezo a escuchar música en el móvil, en una aplicación pirata de YouTube sin anuncios. Mis padres se despertarán a las 10, y hasta entonces sólo escucharé música. Después de un poco de Thrash, pongo La oreja de Van Gogh y dejo el automático.

Suena *No vales más que yo*, y me recuerda a ella. A cuando le pasé *Estoy Contigo* con la esperanza de que viera la otra en sugerencias...

Pero hay que espabilar, un poco de Rap y a funcionar.

Mis padres se despiertan y mi padre me regaña por no hacer ni el huevo en .casa.

—Estoy muy mal con la depresión, papá, esto no da para más. —Me toco el ala.

Y ahí empieza la retahíla de todos los días. Sé bien que nadie puede ayudarme, la psiquiatra insiste en que el ingreso de media estancia sí podrá, pero la lista de espera es muy larga.

No quiero amargarme y vuelvo a mi música.

Mi padre se despide con nuestro saludo, así que dejo la música. Mi madre está hablando por teléfono con mi abuela Manu. He puesto la tele y están exagerando no sé qué mierdas de un nuevo virus que de nuevo condenará a la humanidad a su extinción.

Mi madre me pasa a mi abuela.

—Estoy mejor, abuela, al menos no tan mal como otros días.

—Bueno, ya sabes cómo es esto.

—Sí, abuela, no estoy para ponerle condiciones a Dios, no le gusta negociar. Ella ríe.

Hablamos unos minutos más.

—Tienes que ir a comprar, hijo —dice mi madre.

—A ver, ¿el qué?

Me planto en el Mercadona con la bolsa reutilizable. Sé dónde está todo y el recorrido más rápido, de modo que estoy en caja tras coger ocho artículos en cuestión de dos minutos. Cojo la primera caja que veo, tengo comprobado que acaba dando igual.

—Los he visto más rápidos —increpa un señor al cajero, quizá ajeno al disparate de que él también es un muerto de hambre en un Mercadona de Vallekas.

Pido a un poder superior que interceda y soy escuchado: a la hora de pagar, este individuo se pone a contar monedas con gran parsimonia.

—Los he visto más rápidos —le espeto—. Va a replicar, pero le intimido con la mirada. Quizá ayuda el hecho de que mido 1'84 m y peso 120 kg.

Pago lo mío y el cajero me guiña un ojo al darme las gracias.

Llego a casa y me pongo a colocar la compra.

—Acuérdate, quedamos en el Burger del fisio a la 1 y media —me dice mi madre.

—¿Cuándo quedamos en eso?

—Ayer, ¿recuerdas?

—Err... Claro.

Ella se va y yo saco otra vez al perro. A veces me cruzo con un vecino o me pasa algo interesante, pero esta vez no fue el caso. ¿Por qué iba a mentir? Ah, ¿Que me lo estoy inventando todo? Pues no. Esto es totalmente verídico. O quizá no, nunca lo sabremos.

Se hacen las 12 y 30 y me aburro, así que me tomo el litio de la comida y salgo a coger el bus. Llego a la parada cuando está vacía y al rato una vieja se pone en el sitio desde el que se supone que subirá el primer pasajero. Cuando llega el autobús, me “cuelo” delante de ella, que, temeraria, parecía incluso dispuesta a usar la fuerza física. “La madre de Dios, la gente ya no ve ni el peligro”, me digo.

Me planto donde el fisio que la Mutua a tenido a bien pagar a mi madre, a quien le han dado el alta por mejoría de una enfermedad crónica y degenerativa.

Una trabajadora está fumándose un pitillo de liar en la puerta, me dice que si quiero que avise a mi madre y yo que para lo que queda ya espero.

Sale mi madre y me recibe con un abrazo, Bajamos al Burger y pedimos. No nos ponen mayonesa porque vale 35 céntimos. “Panda de hijos de puta”, digo en tono audible cuando el trabajador se da la vuelta.

Termino de comer antes que mi madre y salgo a echarme un piti. Entran dos chavales con una pinta de delincuentes que echa para atrás; el chino iba bailando tan tranquilamente una navaja de mariposa. Se me queda mirando y le guiño un ojo;

por mí como si les atracan.

Vuelvo y mi madre insiste en rellenar una encuesta para que le den un café. Le insisto en hacerla yo y marco la primera opción en absolutamente todas las preguntas.

—¿Ya, hijo?

—Sabes que leo muy rápido, mamá.

Bajamos con el café a la parada del Rayo, ella para coger el postal a Correos y yo el mío a casa.

Viene otro autobús y el mío detrás. Me coloco en la parada.

—¡Que no es ése!

—Ya lo sé mamá, te agradezco la confianza...

»Tú también tienes una de éstas, ¿no? —le digo señalando a mi madre a una chica que escuchaba la conversación.

—No, por desgracia, no.

—Vaya cagada, ¿no? —Monto en el bus.

Me siento en uno de estos asientos que vienen dos enfrente de otros dos, lo hago por costumbre porque de vez en cuando pasa algo interesante.

Y, efectivamente, a las pocas paradas se subieron tres chicas adolescentes, de unos 13 años las tres.

—Es que me parece súper fuerte, tía... —Empezó a explicar una.

Por lo que pude entender, la movida era gorda, o sea que flipas, en plan de que el padre de uno de clase se había liado con la madre de otro, y claro, pues eran

hermanastros, o sea es que imagínate, como si no tuvieran sitios para liarse con alguien, súper mal.

Como es lógico, tuve que contener la risa casi todo el trayecto. Ya a punto de bajarme le dije a la de mi izquierda que me dejase salir, a lo que me dijo “okey, makey”, así como en tono vacilón y ya me estaba riendo casi del todo. Cuando bajaba por la puerta ellas se preguntaban que de qué me reía y ya estallé del todo.

Pero ya en casa me tocaba lidiar con la realidad. Esta vez directamente me quedé en calzoncillos y camiseta con intención de echarme la siesta y me metí en la cama de mis padres, que es donde Coco tiene su mantita.

Y fueron horas, de ansiedad, dolor en el pecho. A veces me venían imágenes de mi corazón metálico y oxidado, y otras, parositado.

Al fin reacciono de una puta vez. “Lláname cuando quieras”. Ésas fueron sus palabras.

Voy al salón y cojo el fijo. Marco.

—Hola prima, ¿Puedes hablar?

—Claro, Dani, ¿Cómo estás?

—Pues mira Lourdes, creo que me está dando un ataque de ansiedad.

Al fin puedo llorar y me desahogo un poco, luego hablamos de cosas más amables.

—De verdad que cuando me reía en el autobús me acordaba del Joker —reí.

»Por cierto, prima, si tuvieras que escribir sobre algo, ¿Sobre qué lo harías?

—Ay, pues no sé, no se me ocurre nada.

Hablamos cerca de media hora.

—Lláname mañana y me cuentas qué tal el día.

—Claro, mi niña. Un beso, te quiero.

Cuelgo. “Pues tampoco es mala idea”, me digo.

Al cabo viene mi padre.

—A sacar al perro.

—No sé yo si estoy muy católico.

—No te preocupes, está todo pensado; Por eso no te he preguntado.

Me visto y le pongo la cadena. Subo al parque. Han hecho un corralito que para mí está muy bien: sueltas al perro y te pones a hablar con la gente.

Aparece Paco. Paco es un tío cojonudo, para mi gusto tiene una retórica calcada a la del cómico Leo Harlem. En su día pregunté a los presentes y nadie al parecer lo apreciaba, pero yo sí, así que me lo paso como un enano con él.

Vuelvo a casa pasada hora y media. Cuando mi padre tiene razón la tiene.

Aún no ha vuelto al trabajo. Es camarero y tiene el turno partido. Estamos un rato viendo politiqueo en LaSexta, para mí nada de lo que sale de la televisión tiene ningún valor.

Mi padre y yo no hablamos. En un mes intercambiamos de media menos palabras de las que tiene este relato.

Al fin se va. Hacemos nuestro saludo.

Sigo con LaSexta, porque estoy empachado de música.

Pienso en mis cosas, LaSexta es A3Media, A3Media es una empresa, y las empresas no pueden ir en contra de sus patrocinadores.

Pienso también en todas mis teorías sobre ingeniería social, luego en las pocas personas con quienes las he compartido.

Entre todas estas divagaciones me preparo una ensalada y al fin llega El Intermedio. Me tomo los dos litios y los dos valproicos correspondientes y preparo el pastillero para el día siguiente. Es un buen programa de izquierdas para gente de izquierdas. Claro que no es oro todo lo que reluce.

Yo creo que es muy sencillo, no tienen que hacer crítica real, si la hicieran no la harían 4 horas a la semana, la harían 24 horas al día.

Sólo tiene que parecerlo. Es un sucedáneo, por no decir un placebo. No es mucho mejor que la sacarina para un hipoglucémico o una ridícula dosis de metadona para un heroinómano.

Llega mi madre.

—¿Has cenado?

—Sí, mamá, lo único que mejor saca al perro tú la última vez, ¿Vale? Que yo quiero dormir, que estoy hecho polvo. —No miento.

—Vale, pero llama a los abuelos.

Marco con el fijo, lo coge mi abuelo Andrés.

—Hola, hijo, ¿Qué has hecho hoy?

—Poca leche, abuelo, sacar al perro y ver la tele.